

Tailandia: Elecciones presidenciales con muchas sorpresas

Autor: Felipe Galli

Especial para Diagnóstico Político

La transición democrática (o al menos, constitucional) en Tailandia se ha retrasado durante los últimos cinco años, desde que un golpe militar el 22 de mayo de 2014 derrocara al gobierno populista descompuesto de Yingluck Shinawatra, instaurando el duodécimo régimen militar que asola a este inestable país del Sudeste Asiático. Ahora, el 24 de marzo, habiendo tenido lugar una elección general considerada por muchos como parcialmente libre y justa, la situación del país se encuentra en un punto muerto.

Desde 1932, cuando una revolución militar reemplazó la monarquía feudal milenaria por una monarquía parlamentaria de corte europeo (o al menos, eso intentó hacer), la vida política de Tailandia ha alternado repetidas veces entre golpes de estado militares y gobiernos civiles débiles, a veces electos en elecciones libres y otras en comicios donde solo se permitió la participación de uno o dos partidos.

Mientras que todos los países de la región han demostrado una relativa estabilidad política (si bien esto ha conllevado una pérdida amplia de libertades civiles), Tailandia ha sido siempre la excepción a la regla. A pesar de la polarización entre partidarios de democracia y dictadura, la monarquía sorpresivamente nunca se puso en duda, y los reyes han sido conservados en su trono desde siempre. Bhumibol Adulyadej, rey entre 1946 y 2016, vivió un total de cincuenta y seis gobiernos. Estas fueron también, cabe aclarar, las primeras elecciones desde su muerte.

Entre 2007 y 2014, Tailandia vivió un período de inestabilidad persistente, pero con esfuerzos renovados para preservar un gobierno democrático y legítimo. La derrota del gobierno del conservador Partido Demócrata en 2011 y su reemplazo por un gobierno socialdemócrata de difícil definición ideológica encabezado por la empresaria Yingluck Shinawatra fue para muchos una especie de “consolidación” de la democracia en el país. Sin embargo, se equivocaron.

Habiendo obtenido una arrolladora victoria centrándose en la unidad nacional, la “total” erradicación de la pobreza, y la baja de los impuestos, Yingluck debió enfrentar un fuerte desangramiento político bajo la forma

de protestas antigubernamentales frecuentes, dirigidas desde 2013 por el secretario del Partido Demócrata, Suthep Thaugsuban, que exigía la instauración de un nuevo “gobierno provisional” (dicho de otra manera, de facto) que organizara una reforma constitucional.

Yingluck intentó adelantar las elecciones generales, pero el Tribunal Constitucional organizó su destitución y enjuiciamiento. Tan solo tres semanas después, en medio de protestas tanto del gobierno como de la oposición, y con el país a la deriva, el gobierno decretó la Ley Marcial, y a las pocas horas, el 22 de mayo, las Fuerzas Armadas anunciaban que tomaban el control del país, en un nuevo régimen cuyo nombre sería “Consejo Nacional para la Paz y el Orden”.

El general Prayut Chan-o-Chan asumió el mando como primer ministro de facto, decretó la derogación de la constitución vigente y la instauración de una carta magna interina. Luego de una serie de protestas, tanto en contra como a favor, el rey dio formalmente su respaldo al nuevo régimen. A partir de ese momento, la mano decretadora de Prayut dirigió duramente los destinos de la nación tailandesa.

Mientras que su régimen fue considerado relativamente menos crudo en materia de derechos humanos que sus vecinos (tengamos en cuenta que hablamos de Laos, China y Vietnam, estados de partido único, y Camboya, que puso fin a todo rastro de pluralismo en 2017), el gobierno de Prayut suprimió toda expresión política que fuera contraria al régimen, persiguió a la mayoría de los líderes partidarios, que se encontraban hasta hace poco en el exilio, y retrasó las elecciones prometidas desde su asunción.

Habiéndose dado para diciembre de 2018 no menos de seis fechas electorales tentativas, todas estas canceladas, Prayut organizó la redacción de una nueva constitución, que otorga varias prerrogativas políticas a los militares. La muerte del muy anciano rey Bhumibol en 2016 y su reemplazo por su hijo, Vajiralongkorn (se le llama también Rama X), llevó a que la monarquía comenzara a intervenir peligrosamente en asuntos estatales, por lo que el nuevo monarca cumplió un gran papel en la redacción de la nueva Carta Magna.

Finalmente, luego de dar el 24 de marzo como fecha electoral definitiva, Prayut patrocinó la fundación de una fuerza política propia y se presentó en las elecciones. El nuevo partido, de carácter derechista, se denomina Phak Palang Pracharath (en estricto sentido literal: “Partido Popular por el Poder del Estado”).

Sus principales competidores serían, para empezar el partido Pheu Thai (“Partido para los Tailandeses”), fuerza gobernante antes del golpe. Dado que los Shinawatra (tanto Yingluck como su hermano Thaksin, primer ministro derrocado en 2006), se encuentran en el exilio, fueron suplantados por la ex ministra de agricultura, Sudarat Keyuraphan.

Otro partido destacado sería el conservador liberal Partido Demócrata, partido político más antiguo del país, que era liderado por el predecesor de Yingluck, Abhisit Vejjajiva.

La última fuerza destacada fue Phak Anakhot Mai o Partido Nuevo Futuro (aunque en inglés es traducido como Future Foward). Esta formación, de carácter socialdemócrata y progresista, fue fundada el año pasado por Thanathorn Juangroongruangkit, rebelde de una familia de jefes empresariales con vínculos militares.

En la elección se elegirían 500 escaños de la Cámara de Representantes, necesitándose 251 de sus votos para investir un gobierno. 350 son elegidos mediante escrutinio uninominal, con el país dividido en distritos, mientras que los 150 restantes son elegidos por voto proporcional mediante listas partidarias.

La campaña fue extremadamente polarizada y una de las más intensas en la historia moderna del país, lo que llevó a que muchos analistas predijeran una participación electoral sin precedentes. Prácticamente la compulsa giró en torno a “pro-junta” y “anti-junta”.

Sin embargo, la elección no careció de profundas denuncias de irregularidades. Casi todas las organizaciones de derechos humanos denunciaron que Prayut tenía una ventaja injusta debido a las prerrogativas que le daría a la milicia la nueva constitución, siendo la más controvertida la posibilidad de designar a los 250 escaños del Senado.

Además, la monarquía, generalmente apartada de la política, realizó dos intervenciones que hasta hace dos años se consideraban imposible en la tradición tailandesa. Un partido trató de presentar a la hermana del Rey como candidata a primera ministra, pero el Rey lanzó una encendida condena y el Tribunal Constitucional disolvió el partido.

Por si esto fuera poco, la noche del 23 de marzo, antes de los comicios, el Rey emitió un mensaje televisado llamando a los tailandeses a votar por “buenas personas” (Khndī), un término empleado en la jerga política tailandesa para referirse a los militares o a los conservadores.

La votación tuvo lugar, tal y como se predijo, con una participación altísima, ubicándose finalmente en un casi 70% del electorado registrado. Hay que tener en cuenta que en Tailandia el voto no es obligatorio y la participación prácticamente nunca ha superado el 55%, salvo contadas ocasiones.

El escrutinio, que aún se encuentra en proceso pero con un 95% de los votos contados, ha quedado paralizado luego de que se constatará que Pheu Thai (el partido de los Shinawatra) ha obtenido una muy reducida primera minoría de escaños, con 137 bancas en la Cámara de Representantes, contra 118 de Palang Pracharath (el partido de Prayut). El voto popular fue a la inversa, un 23.44% para el partido pro-junta y un 21.91% para el Pheu Thai, lo cual no anula el empate técnico.

Para la Junta Militar es un muy mal resultado. Las formaciones más derechistas no han logrado el éxito que esperaban, e incluso aunque lograra retener el poder, Prayut tendrá que recurrir a una coalición, probablemente débil, con otros partidos que podrían limitarlo severamente, a lo cual se suma el agravante de que el resultado proporcional mostrará inevitablemente que recibió menos del 24% de los votos, muy por debajo de la sumatoria de los partidos democráticos. Teniendo en cuenta que los Shinawatra fueron fácilmente derrocados sin haber obtenido nunca menos del 48% de los votos, un gobierno tailandés débil electoralmente no tiene ninguna posibilidad de durar mucho tiempo, sea o no encabezado por un militar.

Sin embargo, esto también representa un problema para Pehu Thai. Es la primera elección desde 2001 en que una formación liderada por los Shinawatra no logra una victoria incuestionada, incluso sucediendo a un gobierno militar hostil. No haber logrado la mayoría hará que los militares conserven un auténtico poder de desangramiento, muy superior al que tuvieron durante los anteriores gobiernos constitucionales.

El partido Nuevo Futuro ha sido la gran sorpresa de la jornada. Antes de que termine el escrutinio, se ha asegurado una sonora tercera posición con 87 escaños, 31 por debajo del partido del régimen. Su voto popular, del 17.33%, ha superado todas las expectativas de las encuestas, que le auguraban, como máximo, un 14%.

Lo más destacado de ese tercer puesto, además del fin de la polarización entre los Shinawatra y los Demócratas (que salieron diezmados con 54 escaños, su peor resultado), fue el aplastante triunfo del nuevo partido progresista en la capital, Bangkok, que era hasta ahora conocida como un férreo bastión de fuerzas conservadoras.

El Partido Demócrata, antes hegemónico en el distrito anteriormente mencionado y, hasta estas elecciones, principal fuerza de centroderecha y derecha del país, ha sufrido una derrota tan devastadora que su líder, Abhisit, dimitió al conocerse los primeros cómputos. Estos los situaban en quinto lugar detrás de Bhumjaithai (Orgullo Tailandés) un partido populista disidente de Pheu Thai, pero finalmente la tendencia se invirtió y les hizo raspar a los demócratas el cuarto puesto con el 11.11%, mientras que los populistas disidentes se quedaron con 52 escaños y un 10.53%.

Fuera de estos cinco partidos, las demás fuerzas obtuvieron menos del 3% cada una, y se reparten el resto de los 52 escaños, con nomás de 11 por partido.

La relevancia y supervivencia del partido más antiguo de Tailandia dependerá del papel que casi de forma invariable desempeñará en el nuevo gobierno, ya que los 54 escaños que ya tiene asegurados serán de todas formas claves en la formación de un gabinete.

En definitiva, no hay ningún ganador real en el comicio tailandés. Los populistas del Clan Shinawatra no obtuvieron el triunfo fácil que esperaban. Los militaristas de Prayut no lograron ser la fuerza con más escaños ni siquiera controlando el aparato estatal. El descontento local por la mala gestión económica bajo su gobierno y la represión a la oposición fueron más fuertes que todas las irregularidades electorales que pudiera cometer. Ni qué decir que los demócratas, otrora grandes competidores de los populistas, no han salido bien parados, y han perdido casi todo su antiguo caudal.

Básicamente, los progresistas socialdemócratas de Thanathorn son los únicos que, independientemente de lo que ocurra con la formación del gobierno, podrán jactarse de algo al final del día, habiendo obtenido un muy buen resultado en su primer desafío electoral y arrebatando Bangkok a los conservadores.

Los escenarios futuros posibles implican que los únicos con la capacidad de formar un gobierno duradero en este momento son Prayut y Sudarat (la líder de Pheu Thai). La formación del mismo, cuya negociación seguramente constituirá un doloroso parto de varias semanas, dará como resultado el nacimiento de una inestable coalición parlamentaria, que durará hasta las próximas elecciones o hasta que los militares decidan, nuevamente, intervenir “por la patria” (o por el Poder del Estado, como dice su partido). El otro escenario posible es que, al no poder formarse gobierno, Prayut aproveche para anular las elecciones y quedarse en el poder otro año.

Todo esto se verá más adelante, cuando finalice el conteo y se tengan datos concretos, comenzará la batalla por el control de Tailandia. Una batalla que, si no se resuelve dentro del legislativo, correrá el riesgo de dejar de ser metafórica.

Felipe Galli es estudiante de la Licenciatura en Ciencias Políticas (UBA). Cuenta con diversas publicaciones sobre política internacional, nacional e historia electoral.